

Traficantes de la música de Jazz

Uno llega a la conclusión de que un gran sector de nuestros compositores modernos ya no saben qué idear ni qué hacer en su incesante afán de arrancar, con sus números, un éxito de público. Nos referimos a las composiciones de músicaailable. La originalidad —pasarela del éxito— no es patrimonio de todas las mentes, y cuando se cae irremisiblemente en lo vulgar y adocenado, raramente se elabora un éxito.



Es sabido que a la mayoría no les interesa hacer una obra artística, sino una obra comercial. Dinero, no Arte. Esta idea ya se confiesa paladinamente y sin rubor, y en gracia a la misma capitulan todos: músicos, letristas, editores, casas grabadoras de discos, emisoras de radio, orquestas, vocalistas, etc. En resumen: se hacen "obras para el público" en vez de hacer, como quería Benavente para el teatro, "público para las obras".

No obstante, tampoco es del todo cierto que esos comerciantes de la música den al público lo que el público quiere. Es ofender el gusto artístico de muchos "diletantes" creer que todo el mundo admite los esperpentos musicales y literarios de esos señores como el "bocatto di cardinali" de su paladar artístico. Y lo divertido y absurdo a la vez es que quienes reprueban y desechan justamente tales obras, son tildados de detractores y enemigos de la música de jazz, como si ciertas burradas en solfa pudieran considerarse dignas de entrar en la órbita de este género musical, cuyo intrínseco valor ya sólo discuten los necios. No y mil veces no. Cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa. Clasifiquemos la música por su exacta calidad y no incurramos en el error, propio de los ignoros, de decirle "música de jazz" a cualquier musiquilla de esas capaces de irritar la sensibilidad musical de un elefante.

Así como una inspirada melodía, sabiamente armonizada e instrumentada, basta para acreditar a un autor, obtenga o no obtenga su obra éxito de público, un guiñapo de esos a que aludimos, es suficiente para desprestigiarlo repentinamente y otorgarle, para sus posteriores andanzas por el mundo musical, la cédula del descrédito y del más refinado mal gusto, lo que en definitiva equivale a cerrarle el arca guardadora del dinero de sus ilusiones.

Tal vez sí que para algunos será todo esto un sermón ingenuo y se sentirán totalmente distanciados de esta idea, llamémosla romántica. Muy bien; al fin y al cabo en algo han de diferenciarse los compositores nobles y dignos de los traficantes de la música de jazz.

INIGO

REPORTAJE

La Escuela Municipal de Música

Nada mejor que en unos días en que vivimos completamente en un mundo musical repleto de conciertos, bailes, sardanas y representaciones, que hablar un poco de nuestra Escuela Municipal de Música, donde se perfilan los futuros ases.

Pero quien crea que la Escuela está en un magnífico inmueble, con anchas escaleras, amplias salas de estudio tapizadas, lámparas de cristal, despachos, interesante biblioteca, instrumental en cantidad, y bedeles con uniforme, es sólo una imaginación. Nuestra Escuela de Música vive sin que nadie se acuerde de ella y con la mayor sencillez y modestia.

Yo que he nacido encima de la música —con perdón, encima de la Escuela— que he visto pasar antes que ella a un café, un sindicato, un almacén, oficinas militares y consistoriales; que me sé de memoria sus escalones —trece y rellano, dos y rellano, cuatro y entrada— que he gastado pantalones en el pasamano de la escalera, que le he tenido y tengo un sincero aprecio, le dedico este intento de reportaje y con ella a los incansables profesores, los verdaderos tres «artífices» de la constancia y el cariño hacia la educación musical en nuestra ciudad.

Nadie debe ignorar donde está emplazada la Escuela Municipal de Música: en la plaza de José Antonio, en un piso de edificio antiquísimo, y quien no la conozca por dentro le diré que es la cosa más triste —¿ironía musical?— de este mundo. Más sencillo que el piso que Vd. habita, que tendrá, a lo mejor, unos muebles aceptables y dignos. El piso es frío en invierno —no hay necesidad de dar lecciones de «trémulo»— y en verano se pegan los dedos en el teclado del piano.

El piso es muy grande. Demasiado para la Escuela. Siete u ocho habitaciones y una sala muy espaciosa. De estas siete u ocho, tres y la sala componen el todo de la Escuela, y una de éstas sirve de despacho. Las demás son vivienda particular de los porteros. Frente al despacho, la cocina de éstos, que el olor a sofrito invita muchas veces a profesores y alumnos a dar el toque de campana dando la lección aprisa... El instrumental —propiedad— son tres pianos. Tres relucientes pianos escrupulosamente bien cuidados.

Y los profesores son también tres: de solfeo y teoría (al mismo tiempo, Director), profesor de piano y profesor de violín. Estos tres incansables y admirados maestros, reunidos en pequeña sociedad —sin capital— son: José M^a Ruera, Aurelio Font y Juan Coll. Veinte años cada uno de profesor. Siete mil trescientos días —restando las vacaciones— de entusiasmo...

De los tres tuve el placer de asistir, el 1.º de Abril de 1928, a las oposiciones que se celebraron en el Casino. En unos exámenes estupendos y con un jurado de categoría —también de tres—.

El maestro Ruera, rivalizando con el Sr. Pla, adelantaba los problemas en la pizarra, antes de que el jurado terminara la pregunta; y le dieron la plaza por transmisor del pensamiento y por su valía... Juan Coll, al presentarse como profesor de violín, se enfrentó con dos excelentes violinistas llamados Francisco e Ignacio Camps, hermanos gemelos; hicieron un poco de esgrima con el arco, interpretaron estudios magníficos y salió vencedor Coll, a los